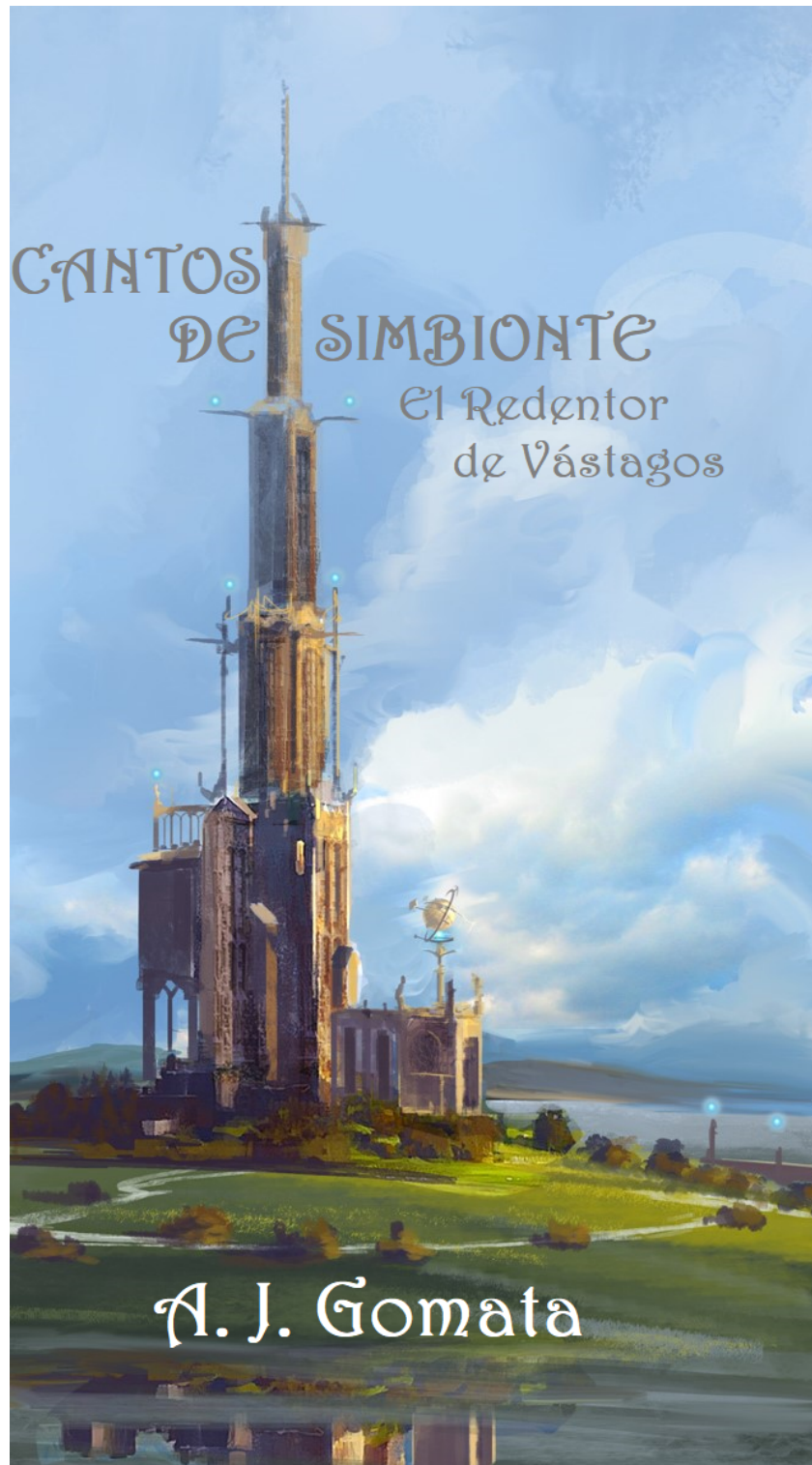


Cantos de Simbionte: El Redentor de Vástagos

A. J. Gomata



Capítulo 1

El Límite es el cielo

En la región sur de Mato Grosso do Sul, junto a la frontera con Paraguay, los Kaiowá son la etnia indígena más numerosa de Brasil. Kaiowá es una palabra de origen guaraní que significa gente del bosque. Durante años han cazado en la selva, recolectado y cultivado pequeñas parcelas de tierra que les han servido como medio de abastecimiento, proporcionándoles todo lo que necesitaban para sobrevivir.

Las tribus indígenas están organizadas por clanes, grupos de personas afines a un antepasado común, un modo de vida determinado y un líder que siempre se ha encargado de tomar las decisiones del mismo. Los indígenas rechazaban todo avance tecnológico propio de las sociedades industrializadas hasta que éstas invadieron su territorio, generando un gran conflicto entre los principales clanes y sus poderosos enemigos.

Hacía ya meses que los principales líderes Kaiowá trataban de trazar una solución al problema, pero por desgracia no la habían encontrado. Los invasores habían conseguido sembrar una semilla capaz de corromper hasta las más consolidadas lealtades, y es que sin duda la prioridad de muchos era la supervivencia de su tribu por encima de la de su territorio.

El proceso de colonización obligaba a vivir a los ocho clanes que quedaban en un pequeño territorio mucho menor del que poseían sus antepasados. Este territorio no les permitía cultivar ni recolectar los frutos que tan acostumbrados estaban a comer. La caza tal y como la conocían era ya cosa del pasado. Los animales habían huido ahuyentados por las grandes máquinas que se dedicaban a allanar el terreno para cultivar la caña de azúcar, el principal combustible para producir etanol; y ahí es donde comenzaron la lucha de intereses.

Las noticias volaban arrastradas por el viento hasta el autodenominado clan Warasisa liderado por Mauro. Eran uno de los ocho clanes supervivientes del colonialismo de la caña de azúcar.

El clan Ankalli colindaba con el Warasisa y había sufrido el desalojo, así que la tribu de Mauro corría un gran peligro. El enemigo estaba a las puertas de su aldea y no se marcharía hasta conseguir su objetivo, arrasarla.

Ante aquella amenaza Mauro no dudó en reunirse con los líderes restantes. El espíritu de los Kaiowá era claro. Para ellos la tierra no es de nadie y a la vez es de todos. Por ello, lucharían por aquellas tierras como iguales; así es como habían salido adelante sus ancestros y así lo harían ellos.

Al principio hubo resistencia, la mayoría de los clanes contratacaron contra los invasores, pero no podían combatir las enormes máquinas y las armas de fuego con arcos y flechas. Los invasores mataron a los principales líderes para debilitar desde el interior a los nativos y ganar la guerra. Su táctica había dado en el clavo, y donde antes hubo aldeas y bosques, ahora miles de hectáreas de caña de azúcar acicalaban sus tierras sin prestar atención a la vida endémica.

Sin tierras y sin bosque, una epidemia de desnutrición afecta ahora a la tribu de Mauro, supervivientes de la colonización. Los colonos les han quitado todo, han destruido sus hogares, contaminado los ríos y allanado sus bosques.

Uno a uno los pocos nativos que no estaban sometidos al régimen fueron sucumbiendo al poder de la industrialización, incluido Mauro y todo su clan. Muchos habían muerto pero ya nada podía hacerse para resistir el colonialismo. Aquel que fue un pueblo salvaje y libre ahora era humillado y castigado por unos extranjeros.

Para Mauro, el último líder de los Kaiowá, la rendición era su decisión más sabia pues con ella salvaría muchas más vidas que luchando por una causa que a su juicio estaba perdida. Con el tiempo se alistó como trabajador de los colonos y pensó que su pueblo lo seguiría y abandonaría aquella lucha. Sin embargo el pueblo no se rindió aunque su líder si lo hiciese.

El trabajo era duro y como cada madrugada Mauro se despertaba a las cinco, era la hora a la que tanto él como el resto de trabajadores de la caña de azúcar ponían en marcha sus vidas. Su hijo Eder, tenía quince años y se había iniciado recientemente en el oficio.

Cuando Mauro fue a despertar a su hijo, éste ya estaba preparado con el macuto para salir en la oscura noche. Vivían en una austera casa alejados de lo que en su día fue su hogar.

La plantación se encontraba a unos quince kilómetros de donde residían, así que ambos cogían el autobús en una de las paradas distribuidas por la zona para transportar a los trabajadores por los sinuosos y oscuros caminos entre la espesa y alta vegetación.

—No seas peleón—. Dijo su padre mientras caminaban. —A los señores no

les gustan los chicos conflictivos.

—No puedo permitir que me pisoteen—. Respondió Éder. —Esta es nuestra tierra, trabajamos para ellos, pero sigue siendo nuestra. Además ellos me provocaron, dijeron que no había cortado los suficientes kilos de caña. No puedo recoger más de lo que recojo con esas herramientas tan deterioradas que me dieron.

—Hay que llegar antes, ya sabes que el primer que llega elige herramientas, y fuimos últimos—. Dijo su padre.

—Papa, no podía dejar que cogieras la peor oz, eres más mayor y tienes tu pierna dolorida.

—Pero tengo más coraje y se tragarme mi orgullo—. Dijo su padre.

Hubo un silencio que rompió su padre al cabo de unos minutos. —No quiero que te pase nada—. Dijo con emoción su padre. —Eres tan joven. Deberías estar estudiando para ser alguien. Siento no haberte dado esa oportunidad.

—Papa, no es culpa tuya—. Dijo Éder cogiéndole el hombro a su padre para consolarlo.

—Es un trabajo duro que no deberías de realizar ni tu ni nadie en estas condiciones. Tienes quince años, aunque el documento ese que ten han dado en la plantación diga que tienes veintitrés—. Dijo entre lágrimas.

—Sólo quiero contribuir en la casa, todos los chicos de mi edad están trabajando en el corte de caña de azúcar—. Dijo mientras se acercaban a la parada.

Cuando llegaron visualizaron no muy lejos la luz de unos faros entre la alta hierba. El autobús era bastante puntual, siempre iba a rebotar de pasajeros, que, como ellos, se dedicaban a trabajar en las plantaciones de caña de azúcar. A esa hora de la madrugada los pasajeros aprovechaban la oscuridad para echar una última cabezada antes del duro trabajo. Cuando se sentaron uno junto al otro Leandro aprovechó el cristal para descansar la cabeza.

Tras unos minutos de sueño, un pequeño socavón agitó el autobús despertándolo. Todavía estaba oscuro pero en la lejanía ya podía divisarse las grades máquinas y el denso humo que producían los fuegos, pues se estaban aproximando a la plantación. Por la noche los campos ardían para que posteriormente los trabajadores pudieran cortar la caña más fácilmente.

—Casi estamos—. Le susurró a su hijo.

Al cabo de un momento el autobús se paró de golpe, y la gente empezó a agolparse para salir y dar comienzo el duro día de trabajo. El gobierno de Brasil establece que las horas máximas de trabajo que pueden realizar los empleados era de diez horas diarias y un día de descanso semanal, pero no había sindicatos que velasen por su cumplimiento. La jornada de Eder era más extensa que la suya, concretamente doce horas, su padre solo echaba diez, él quería echar más horas pues ganaría más dinero pero la empresa consideraba que no era rentable tener contratado a un hombre de cuarenta y siete años.

Mauro y Éder trabajaban en campos diferentes.

—Nos vemos esta noche hijo—. Dijo mientras se dirigía hacia otra dirección.

Aquel día en la plantación fue duro, a pesar de que trabajaban desde muy temprano, en las horas centrales del día el sol irradiaba un calor sofocante dificultando notablemente el trabajo que calmaban con tan solo media hora de descanso, que Mauro empleaba en comer.

Cuando termino su jornada Mauro trató de buscar a su hijo en las rejas que separaban los cultivos, pero al no ver a Éder allí reanudó su camino para poder coger el autobús a tiempo.

Leandro llegó a casa esa noche, sobre las siete. Como llegaba siempre antes que su hijo se dispuso a ocuparse de la cena. El pasado Lunes había comprado unas verduras que se disponía a cocinar con arroz. Su hijo solía llegar sobre las once, así que se puso a preparar las verduras. Cogió el cuchillo y troceó un par de pimientos, tres tomates y una cebolla. En una de esas no pudo evitar mirar la foto de su mujer que estaba encima de la repisa al lado del fregadero.

La mujer de Leandro murió hace un año por una infección en la pierna. Desde que comenzó aquella opresión muchos misioneros acudieron en ayuda de su pueblo. De todos los médicos que vieron no pudieron hacer nada por ella. Se puso triste al recordarla pero sabía que tenía que seguir luchando por su hijo y salir adelante.

Eran las once y cuarto y Éder no había aparecido. Mauro supuso que el autobús se había retrasado esa noche. Normalmente funcionaba bien, pero algún que otro día se retrasaba y tenían que hacer el recorrido andando. Entonces en ese momento un centenar de hombres pasaron por delante de su ventana, entre ellos pudo reconocer a Ramón, un trabajador de la misma plantación que solía coger el autobús a la misma hora que su

hijo.

—¡Ramón!—. Llamó Mauro mientras salía de casa. -¿Has visto a mi hijo Éder?- pregunto preocupado.

—En la plantación recién lo vi—. Respondió.

—Ya pero ¿venía mi hijo en el autobús?—. Volvió a preguntar Mauro.

—No lo he visto—. Dijo Ramón mientras se alejaba.

En ese momento una mala sensación invadió la cabeza de Mauro. Corrió a casa apagó el fuego y se apresuró corriendo hacia el autobús del que debería haber bajado su hijo. Se disponía a cogerlo para ir a la plantación pero ya se había ido. Era el último de aquella noche. Desesperado, decidió ir a pie, aunque le supusiera dos horas de camino. Se sentía cansado, pero su preocupación por su hijo le impulsaba a continuar. La selva estaba muy oscura, solo veía las siluetas de los trigales y los pastos alumbrados por la luna. Entre los matorrales podía oír ruidos que le asustaban y hacían su periplo más difícil. En aquellos manglares solía haber una gran diversidad de fauna salvaje como pitones o caimanes, pero con la industrialización los animales abandonaron su territorio.

Después de varias horas de camino al fin llegó a la plantación. Una vez allí aporreó la reja y gritó el nombre de su hijo y del encargado.

—¡Eder!- Grito sin éxito.

Parecía que no había nadie así que se derrumbó en el suelo y empezó a llorar porque temía que a su hijo le hubiese ocurrido algo malo, era la única familia que le quedaba. Se sintió solo y desgraciado en medio de la oscuridad, deseo que su hijo no se hubiera visto arrastrado por su rendición para trabajar en aquel lugar. Al cabo de un rato volvió a llamarlo sin descanso pero no hubo respuesta. Se calmó un poco y rezo por su hijo mientras se durmió en la cálida noche entre los matorrales.

Una voz inundo la cabeza de Mauro y lo despertó. —Levántate, no puedes dormir aquí—. Dijo el hombre de mala gana.

—Estoy buscando a mi hijo—. Dijo Mauro mientras se levantaba atemorizado. Cuando se levantó pudo visibilizar mejor a quien lo había despertado. Era un hombre de uniforme militar que portaba un arma. —Se llama Éder y es trabajador de aquí. No sé dónde está—. Añadió desesperado.

—No sé dónde está tu hijo. Esto no abre hasta dentro de una hora—. Dijo

el hombre de uniforme con desprecio.

—Por favor—. Suplicó.

En ese momento apareció el encargado de la plantación que había contratado a su hijo y se dirigió al guarda ignorando a Mauro en un idioma que Leandro no entendía.

—Señor, por favor mi hijo—. Interrumpió.

El encargado se giró, miro a Mauro de arriba abajo y respondió. —Tu hijo está muerto, tuvo un accidente ayer con una de las maquinas—. Dijo el guarda fríamente como si estuviera diciendo algo sin importancia.

Mauro no sabía que decir, no podía creerse lo que acababan de decirle, su peor pesadilla acababa de cumplirse. —Eso no es posible señor—. Gritó. —¿ Dónde está mi hijo?

—Es que esta sordo, negro—. Dijo despectivamente el hombre. —Tu hijo está muerto, no voy a repetírtelo más.

—¿Cómo ha ocurrido? ¿Qué le ha pasado?—. Preguntó entre lágrimas. Pero tanto el guarda como el encargado cerraron la verja y no le respondieron

—¡Exijo justicia!—. Gritó con odio.

—No estás en posición de exigir nada—. Dijo el guarda desde lejos.

—¡Al menos deme su cuerpo!—. Suplicó mientras se alejaban entre lágrimas. Mauro se derrumbó.

—¿Hasta cuándo iba a durar ésta barbarie? ¿Dónde termina esta opresión?—. Gritó desconsolado. —¿Dónde ésta vuestro límite?—. gritó con indignación entre lágrimas mirando al cielo. Pero no lo escucharon. El cielo era lo único que aún no le había quitado. Primero las tierras de su pueblo y ahora su hijo. Volvió a tumbar nervioso. No se iría de allí hasta que viera el cuerpo de su hijo. Pensó que había sido una mala idea ceder ante aquellos extranjeros. Quizás no había luchado lo suficiente por lo que por ende era suyo y ahora su hijo había pagado las consecuencias de sus actos como líder que era. Sea como fuere ya nada podía hacer.

Al cabo de las horas cuando la plantación abrió sus puertas Mauro entró a trabajar como si de un día normal se tratase. Iba a buscar a su hijo y nadie se lo impediría. Se movió con cautela como si nada hubiera pasado. Sabía luchar y tenía una oz a la cual le había cogido cierto cariño. Pensó que aquel mismo instrumento que contribuía a la destrucción de su tierra

ahora le serviría para vengarse de quienes se las habían arrebatado.

Cuando se alejó de su lugar de trabajo con la oz en la mano se cruzó con un supervisor que lo ignora por completo. Era extraño pues nadie parecía notar lo que se traía entre manos. Se escurrió con sumo cuidado por una de las plantaciones donde había un pequeño edificio donde siempre entraban aquellos extranjeros. Para su asombro no había nadie custodiándolo así que se dispuso a entrar sin vacilar. No había ventanas en aquel bunker. La puerta se abrió sin ninguna dificultad. Había un largo pasillo que se iluminaba a medida que avanzaba. A ambos lados una hilera de cajas reducía el espacio. Parecían medicamentos. Probablemente los habían interceptado para que los misioneros no pudieran ayudar a los rebeldes. Cuando hubo avanzado un poco más el sensor de luz iluminó un trozo más de pasillo descubriendo más cajas que esta vez contenían kilos de comida de primera necesidad. Sitio ira al ver todo lo que allí había mientras su pueblo pasaba hambre.

Cuando hubo recorrido todo del pasillo con suma cautela una luz como de costumbre iluminó la estancia final. Esta vez no había cajas de medicamentos, tampoco de alimentos. Esta vez había tres hombres esperando a que el líder de los Warasisa cayera directamente en sus garras.

El hombre que lo había contratado estaba sentado en una silla. Le dio la bienvenida con un sarcástico aplauso mientras dos hombres más lo apuntaban con un rifle.

—Bravo—. Dijo el intendente.- Me alegra ver que has llegado hasta aquí por ti mismo—.dijo algo risueño.

—¿Dónde está mi hijo?—. Dijo levantando la oz.

—Te recomiendo que tires esa arma—.

Mauro se vio acorralado. Estaba todo preparado. No había llegado hasta allí por sí mismo sino que habían sido ellos los que lo habían conducido.

—No podemos arriesgarnos a que comience una nueva revolución. Y tú transmites en cierta manera esperanza a tu pueblo.

—Si me matas mi pueblo contratacara.

—Lo sé. No voy a matarte—.dijo el supervisor. —Y no es que me importe, podemos arrasarlos sin problemas pero eliminar a los indefensos aborígenes tienes sus repercusiones internacionales—. Aclaró.

—¿Y qué piensa hacer?—. Preguntó Mauro sin miedo. —No me has traído

aquí para nada, ¿no?

—Por supuesto—. Dijo mientras hacía un gesto a uno de sus compañeros.
—Ya vienen.

—¿Quién viene?—. Preguntó Mauro con incertidumbre.

—Tu nueva vida—. Dijo el supervisor en el preciso momento en el que una luz comenzó a emerger de la nada creando una burbuja de partículas y polvo.

Las partículas formaron una puerta, por la que una difusa silueta asomaba desde el otro lado. Un estallido de luz inundó la estancia y apareció un hombre ataviado con una túnica negra..

—Él.- Dijo el encargado refiriéndose a Mauro.

—Muy bien- respondió el hombre de la túnica negra mientras entregando al encargado dos bolsitas pequeñas.

—Siempre es un placer negocios con vosotros—. Dijo el supervisor. Le pusieron unos grilletos y el encapuchado, que medía un palmo más que él agarró a Mauro por el brazo con fuerza.

—¿A dónde me lleváis?, ¿Qué queréis de mí?—. Gritó sin oponer resistencia. El hombre de la túnica negra atravesó el portal de nuevo tirando de Mauro hacia dentro. Al principio sintió un profundo mareo pero después no pudo evitar desmayarse.

La cabeza le daba vueltas. No estaba acostumbrado a los flases y ya de por sí se mareaba cuando viajaba en el bus, así que aquello lo había dejado completamente K.O.

—¡Papa!- lo llamo una voz con ahínco mientras poco a poco abría los ojos. Estaba en un lugar oscuro. Cuando abrió completamente los ojos, Eder estaba frente a él.

—¿Estás bien?—.Dijo El muchacho.

—¿Estoy en el cielo?—. Preguntó Leandro. ¿Ese era el límite del colonialismo y el lugar donde su hijo se encontraba? o eso pensó al verlo.

—No papa, esto no es el cielo. No sé dónde estamos—. le susurro. Los colonos nos han vendido—.dijo Eder.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, hijo?-

—Unas horas—. dijo Eder.

—No puede ser. Llevo buscándote desde ayer—. Dijo mientras se incorporaba. Estaban en una mazmorra oscura donde la penumbra era casi total, de no ser por las velas que adornaban un portón al final del pasillo. Junto a ellos había más celdas llenas de gente.

—Los colonos me llevaron a la habitación de hormigón, y después de un resplandor aparecieron me trajeron aquí. Me dijeron que vendrías a buscarme. Querían que desaparecieras para que nuestro pueblo se debilitase—. Dijo su hijo.

En ese momento aparecieron dos hombres que caminaba con mucha decisión. A medida que uno recorría el pasillo el otro se dedicaba a abrir las puertas. —Todo el mundo fuera—. Dijo.

La multitud salió sin prisa. Mauro estaba empezando a sentir miedo, porque no sabían dónde se encontraban. Aun no conseguía entender como había llegado hasta allí. Lo único que recordaba era un resplandor violeta.

Mientras avanzaban las caras de los que parecían ser sus compañeros expresaban la ignorancia de las intenciones de aquellos hombres.

El sol cegó a Mauro, calmándolo; por fin había salido al exterior desde que decidió adentrarse en aquel bunker. El sitio era totalmente diferente. No había campos de caña de azúcar. Tan solo una duna de arena dejaba ver una pequeña bahía bañada por las olas del mar. En la orilla podía verse un navío ataviado con una vela triangular; era una galera rancia y vieja como si perteneciera al medievo.

Los hombres iban enfilándose frente al barco conducidos por una cuadrilla que parecía llevar la voz cantante. Pero lo que más llamó su atención, fue el extraño ser que deambulaba por el muelle. Jamás había visto algo igual. Caminaba erguido, como los humanos, y destacaban los dos grandes cuernos de su cabeza similar a la de un toro. Su piel era pálida como la de un muerto. Miraba a los hombres con ojos brillantes y vacíos, como si de ganado se tratasen. Sin duda debía tratarse del mismísimo diablo, y aquel árido lugar debía de ser el infierno.

—Muchos desconocéis porque estáis aquí—. Comenzó a decir el ser con una voz extraña, mientras Mauro y el resto de los prisioneros terminaban de ponerse en la fila.

—Sois fugitivos y enemigos de Tenebra, vuestro nuevo hogar. Algunos os atrapamos en estas viejas tierras y otros incluso venís desde mucho más lejos—.dijo mientras miraba al grupo de Eder y Mauro. —Ahora zarparemos desde el viejo continente; cruzaremos el Mar Fario hasta nuestro destino, allí pagareis vuestros pecados trabajando para un

sistema justo, al cual agradeceréis con cada gota de vuestro sudor—. Dijo como satisfecho de sus palabras. Mauro no tenía ni idea de que crímenes había cometido.

—Pero no desesperéis—. Dijo consolante. —No importa de dónde vengáis sino el puerto de destino.

— ¿Y a donde nos dirigimos?—. Interrumpió Mauro con decisión ante la sorpresa de todos. Ya nada podía ir peor, así que no tuvo miedo en hacer aquella pregunta.

Aquel ser de brillantes ojos, cuernos de toro y piel pálida, lo miró fijamente junto con todos los allí presentes. A Mauro le pareció hasta bello.

—Nos dirigimos a Vástagos—. Dijo con una maléfica sonrisa.

Capítulo 2

La Resiliencia

Bajo la copa de los árboles, al resguardo de un amenazante y encapotado cielo, Gwenda trataba de no perder de vista su rebaño de ovejas. No era una tarea ardua para una niña de once años, al fin y al cabo solo tenía que vigilar cinco piezas de ganado. Además, pese a las nubes, el final del estío estaba resultando suave, lo cual beneficiaba las labores del pastoreo.

Se encontraba en un precioso prado. Levantó la mirada y vio a su perro pastor tumbado sobre la hierba. Continúo mirando y esta vez contempló, en la lejanía, La Resiliencia. En breve tendría que regresar, antes de que los guardias cerrasen sus puertas. —Aún es temprano—. Pensó.

La Resiliencia era su hogar. La ciudad habían sido rebautizada con ese nombre, y todos sus habitantes conocían la historia de cómo aquel asentamiento se convirtió en una de las capitales más prosperas de todo Vástagos. Junto a sus murallas, en una alejada calle, Gwenda vivía en con su familia en un pequeño hogar.

A Gwenda le gustaba salir de la ciudad de vez en cuando; cambiar de aires; ella misma se ofreció sacar a las ovejas de su padre, con la intención de salir del suburbio al que tan acostumbrada estaba. Había encontrado una colina perfecta coronada por gran abeto. Desde allí podía verse, además de la Resiliencia, el río raudó, que discurría serpenteante ladera abajo hasta el mar fario, las granjas aledañas, el molino de Finn y las huertas de los campesinos, incluso podía verse el Pirágulo, una enorme torre situada tras la Resiliencia.

Conocer el nombre de la ciudad donde vivían no solo era una lección básica que los niños y niñas aprendían en la escuela, sino el porqué de ese nombre y no otro, algo que Gwenda nunca olvidaría.

Tiempo atrás, La Resiliencia fue un campamento minero que se asentó entorno al Pirágulo. Más allá de su impetuosidad, la joven desconocía los que haceres de los intramuros de la torre, pues los humanos tenían prohibido la entrada, así que ella no se acercaba demasiado.

Con el tiempo, aquel que fue un campamento dormitorio, de poco más de doscientas personas, se transformó en una ciudad de unos diez mil habitantes, atrayendo gente por el auge de las minas. Y así se construyó

el mercado, las calles, las posadas y las tabernas permitiendo que surgieran nuevos empleos para autoabastecerse.

Pese a que la inmensa mayoría de los resilientes se dedicaban a trabajos humildes había también algunos señores bien posicionados. Pero la mayoría de las familias se dedicaban al labriego, otras seguían encontrando sueldos generosos en las minas y otras, como sus padres, poseían un rebaño de animales que explotaban como modo de subsistencia. Su padre se encargaba del pastoreo de las ovejas y su madre cada mañana se acerba al mercado a vender los productos lácteos que fabricaba: queso, leche, cuajada, mantequilla.

Unas débiles gotas alertaron a la joven, sacándola de su ensimismamiento. Tal vez tendría que regresar antes de lo previsto. La joven silbó para llamar la atención de su perro, sin embargo éste no se inmutó. Cogió la vara de su padre y se posicionó para redirigir al ganado que poco a poco fue discurriendo por buen camino.

Gwenda miró al cielo, que de vez en cuando se iluminaba con el haz de los relámpagos. En una de esas un fuerte estruendo resonó en la quietud con todo su poder. Gwenda se agachó en un gesto instintivo. El perro empezó a ladrar. Parecía asustado. —Silencio, las vas a espantar—. Dijo Gwenda. Pero las ovejas ya se habían extraviado, asustadas por los ladridos. Por si fuera poco la lluvia no había amainado y ahora caía con más intensidad.

Gwenda corrió detrás de las ovejas, se dirigían sin control hacia un bosque cercano. Su perro a su vez iba junto a ella agazapado por la tormenta.

Todos los inviernos la familia contaba con un ingreso extra al esquilarse la lana, así que Gwenda pensó que tenía que recuperar el rebaño a toda costa, sino aquel mes iba a ser nefasto.

El bosque estaba oscuro, pero al menos allí estaría a resguardo de la lluvia. Las ramas de los árboles actuaban como el techo de una casa, aunque se percibía mucha humedad. Echó una ojeada y vio a la primera oveja junto a un matorral. No muy lejos había dos más y a unos metros más estaba la cuarta. —Maldición, falta una.

Todo fue culpa suya; ella solo quería ayudar a su familia pero lo había estropeado todo. Odiaba quedarse en el granero ordeñando a las ovejas así que le propuso a su padre que mientras él esquilara la mitad del rebaño ella se ocuparía de las restantes.

Continuó andando sin perder de vista a las ovejas que había encontrado. Buscaba entre los matorrales del sotobosque, que era muy frondoso. Tenía que darse prisa pues en breve anochecería. En una de esas, con la mirada en otra parte, casi se despeña por un saliente. No parecía muy escarpado, ¿O sí? Se asomó ligeramente. Comprobó que había una buena

caída. Volvió a mirar con detenimiento y, no muy abajo, junto a un peñasco, puedo ver a la oveja; estaba tumbada y parecía que no se movía.

Asustada por lo que su padre pudiera decirle decidió bajar a por ella mientras se lamentaba profundamente.

Su falta de experiencia había metido al rebaño por una hondonada aparentemente pequeña, sin embargo ésta resulto más escarpada de lo que había pensado y ahora una de las ovejas se había despeñado por la pendiente.

—¡Lito! Llamó a su perro entre silbidos. El perro era obediente pero parecía no entenderse con la joven. Ella quería que alejara al rebaño del saliente pero este no terminaba de reaccionar como ella esperaba. Aun así decidió seguir con su plan.

Descendió con cuidado por la ladera y cuando llegó allí abajo suspiró al ver al animal muerto. Su padre la iba a matar. Que imprudente había sido. Entonces decidió que al menos podría aprovechar la lana, así que se dispuso a esquilarla con su cuchillo.

De vez en cuando echaba una ojeada hacia arriba para comprobar que todo estaba en orden. Como había ayudado a su padre en alguna ocasión a esquiar ovejas no le costó demasiado hacerlo a ella misma aunque le estaba llevando un buen rato. De repente escucho un crujir de ramas; su perro emitió un aullido seco; Gwenda lo llamó desde abajo. Lo cierto es que después de aquello no escuchó ni el más mínimo sonido, salvo el silencio propio del bosque, y eso la aterró. Una gota de sudor comenzó a rebanar por su frente cuando decidió dejar al animal allí abajo y llevarse solo la mitad de la lana.

A medida que subía algo resonaba con mayor claridad; el movimiento de unas pisadas; el masticar de unas fauces; su respiración entrecortada. Cuando terminó de trepar y llegó hasta donde estaba Lito y el resto del rebaño se estremeció. Era una carnicería; había sangre por todos lados. Su perro estaba muerto detrás de un árbol y el rastro de sangre continuaba ladera arriba. No tuvo que subir mucho para encontrar sus cuerpos; Dos ovejas yacían muertas junto a unos arbustos y una monstruosa silueta estaba hurgando en sus cuerpos con su mandíbula.

—Dios mío—. Masculló al ver al huargo devorando a la oveja. Dio un paso atrás y unas manos le taparon la boca. Se puso aún más nerviosa y forcejeo para liberarse.

—No grites; silencio—. Susurró una voz. Cuando se giró vio que era un chico de más o menos su misma edad. Levantó las manos en son de paz y le hizo una señal para que le siguiera. Gwenda retrocedió sin apartar la

mirada del huargo; si aquel animal los veía, sin duda, correrían la misma suerte que sus ovejas.

Cuando estuvieron a cierta distancia del huargo, Gwenda y el muchacho emprendieron la carrera a través del bosque con menos sutileza.

Estaba jadeando, sin aliento, y agotada de cargar con la pesada lana que acaba de sacarle a la oveja y aun así la joven insistió al muchacho de que corriera. —Tenemos que salir de aquí; si esa bestia nos alcanza estaremos perdidos—. Dijo Gwenda, pues el chico estaba aminorando el ritmo.

—Tranquila—. Dijo éste. —Cálmate; el huargo no nos sigue.

—Bueno puede que ese no pero tal haya más rondando por aquí.

—No hay más.

— ¿Y tú como lo sabes?

—Simplemente lo sé—. Dijo éste y paso junto a su lado sin decir nada más.

—Espera; ¿a dónde vas?

—A la Resiliencia—. Respondió este.

—Pues no es por ahí.

—¿Y tú como lo sabes?

—Porque vivo allí.

El joven se le quedo mirando fijamente. Se sintió intimidada por aquellos ojos verdes y penetrantes, era flacucho y tenía la cara alargada y una piel blanca que contrastaba con su pelo negro azabache; ahora que lo tenía más cerca pudo reparar en sus desgastadas ropas, llenas de barro y suciedad.

—¿Por qué no me agradeces que te haya salvado llevándome a la Ciudad?—. Le espetó el chico.

—Tú no me has salvado; lo tenía todo controlado

— ¿Por eso se ha comido el huargo todas tus ovejas?

—Es por aquí—. Dijo sin más controversia, pues en el fondo sabía que tenía razón, y el muchacho la siguió a través de los árboles. Se pasaron todo el camino en silencio y cuando habían recorrido un buen trecho

Gwenda escuchó de nuevo algo entre los árboles.

—Qué es eso?—.dijo de nuevo.

—Tranquila solo es una ardilla—. Dijo el muchacho al mismo tiempo que salió de los matorrales una diminuta e indefensa criatura

—¿Cómo puedes saberlo? Preguntó ella.

El joven guardo silencio y finalmente respondió—Es por mi simbiote.

—Espera, ¿Tienes un simbiote?— Preguntó Gwenda asombrada mientras se detuvo en seco.

—Pues si—. Y del zurrón de éste, una liebre asomó su cabeza. Era gris clara; de orejas grandes y una mirada firme. —No te pares.

Lo cierto es que a Gwenda le fascinaban los simbiontes; eran el nombre que recibían aquellos animales que establecían un vínculo simbiótico con otros seres, como los humanos. En la escuela no le habían hablado mucho de los simbiontes pero Gwenda conocía a mucha gente que tenía ese don y podían forjar vínculos con animales. Había escuchado por ahí que los simbiontes eran capaces de intensificar los sentidos de los humanos que los poseían, tal vez por eso aquel muchacho era capaz de sentir la mera presencia de los seres que le rodeaban, imperceptible para alguien como ella. Según tenía entendido podían ser cualquier animal, desde mamíferos y aves hasta reptiles y peces.

—¿Y cómo es que un renacuajo como tu tiene un simbiote? Preguntó sacando a relucir su envidia.

—Se me presentó la ocasión—. Dijo el chico

—¿Pero cómo has sellado el vínculo? Pregunto con curiosidad.

—Es un secreto—. Dijo éste y comenzó a reírse.

—Venga vamos, podrías decírmelo—. Suplico al muchacho pero éste se calló de nuevo.

Los secretos eran las típicas cosas que a Gwenda más le llamaban la atención. Lo cierto es que vivía rodeada de secretos y en más de una ocasión cuando preguntaba a los adultos sobre ellos, Gwenda, sabía que le estaban mintiendo sin percatarse del daño que eso le causaba. Mentir era la forma que tenía la gente de responder para que niñas como ella no siguieran preguntando.

Una vez le preguntó a sus padres que hacían cuando se iban a dormir para que la cama crujiera tanto y estos le respondieron que estaban haciéndose cosquillas; luego estaba las incógnitas relacionadas con el Pirágulo, aquella torre asombrosamente grande y aparentemente inexpugnable; la gente de la Resiliencia no solía hablar de ello. Y por si fuera poco, una vez en el mercado, cuando estaba ayudando a su familia a vender la mercancía, un hombre se acercó al puesto familiar y, cuando terminó de ojear y se alejó, osó preguntarle a su madre por el búho que llevaba sobre su hombro, era un simbiote claramente, sin embargo esta le dijo que solo era un simple animal, pero ella sabía que era mentira.

No deseaba tener un simbiote, pues sabía que sus padres no lo verían con buenos ojos alimentar una boca más, pero eso no significaba que quisiera saber más sobre el mundo que la rodeaba y la simbiosis era algo que estaba presente en todo el mundo de Tenebra, así que, como tantas otras cosas, le importaba.

—Deberías dejar esa lana, está cubierta de sangre y su olor puede atraer a las bestias—. Dijo el chico. La piel de la oveja que había rasurado le había manchado las ropas de sangre; pesaba tanto que no le habría importado dejarla pero no era lo mismo aparecer con una pieza de lana que con ninguna.

Al fin salieron del bosque. Ya estaba oscureciendo aunque cuando se alejaron de los árboles se veía con mayor claridad.

—Mira ahí está La resiliencia—. Dijo el chico

—Sí; Mi padre me va a matar—. Cuando vio la ciudad a lo lejos se preguntó que le iba a decir a su padre cuando llegara sin el rebaño. Al menos había dejado de llover.

Al contrario que ella, el chico parecía contento y comenzó a reírse.

— ¿Qué te hace tanta gracia?

—Yo no tengo ese problema.

—Ah ¿no? Seguro que alguna vez te ha pasado algo parecido; que tengas un simbiote no significa que seas todo poderoso

—No me refiero a eso; sino que no tengo a nadie que me regañe por lo que hago o dejo de hacer.

— ¿Pero y tu familia donde esta?

—Es que no tengo familia—. Dijo este con una sonrisa. No necesito a

nadie salvo a mí mismo para buscarme la vida.

—Caray, La Resiliencia es enorme; nunca había visto una ciudad tan grande.

—Si es que alguna vez has visto una ciudad—. Dijo Gwenda por lo bajo. Es verdad que La Resiliencia era grande pero hasta ella sabía que había ciudades más pobladas en Vástagos. — ¿De dónde vienes?

—De ningún sitio en particular.

A juzgar por sus pintas parecía un chico muy pobre y desgraciado que estaba solo en el mundo. Gwenda había oído hablar de gente así; niños que se dedicaban a viajar de aquí para allá sin un rumbo fijo ni un lugar donde asentarse; gente perezosa y vaga que no aspiraban a nada en la vida salvo vivir del limosneo. Irma no entendía ese estilo de vida; si no fuera por sus padres ella estaría perdida.

— ¿Qué es esa torre tan grande que asoma de entre las casas?

—Es el Pirágulo; de verdad no sabes lo que es?

—Nunca había oído hablar de él.

— ¿Es que no te lo han enseñado en la escuela?

—No.

—Lamentablemente ella tampoco sabía muy bien que se hacia allí dentro pero sabía lo que era.

—¿Y no echas de menos a tus padres?

—No echaría de menos a alguien que no conocido.

Cuando llegaron a la ciudad atravesaron el arco principal, sobre guardado por dos almenas que siempre estaban vacías. La ciudad tenía una muralla de madera para impedir la entrada a los animales salvajes y sobre todo a forajidos, que sin duda aprovecharían la noche para hacer sus fechorías.

Gwenda caminó entre el gentío que deambulaba de un lugar para otro; mientras tanto el chico le seguía con la mirada puesta en los edificios. Algunas calles de La Resiliencia seguían sin estar empedradas de modo que los charcos formaban balsas de agua que se antojaban de curiosas formas.

La casa de Gwenda era una pequeña vivienda que contaba con una estancia inferior; donde estaban la despensa; la sala de estar y el brasero

y una escalera que conducía a la parte superior con una estancia más pequeña.

Cuando llegaron a la puerta el chico se quedó mirando la casa con asombro; como si nunca hubiera visto una y prosiguió su camino.

—Espera.

—¿Si?

—¿Dónde vas a pasar la noche?

—No lo sé, ya se me ocurrirá algo.

Aunque el estío aún se sentía, por las noches hacía frío. Miró la voluminosa lana sobre sus manos y en un acto de solidaridad se la entregó al muchacho.

—¿Para mí?

—Es mi forma de agradecerte que me hayas ayudado a salir del bosque. Sabía que aquella lana le serviría para apaciguar a sus padres cuando se enteraran de su incompetencia, pero en el fondo aquel muchacho la necesitaba más que ella. Puede que ella se tirará un día sin comer por el castigo pero aquel muchacho no volvería a pasar en frío, al menos por un tiempo.

—Gracias—. Y se marchó calle arriba.

Cuando entró en casa su padre estaba colgando las lonas de lana que había esquilada de la otra mitad del rebaño sobre unos ganchos que estaban suspendidos en el techo. Cuando la vieron entrar, nadie dijo ni media palabra a la niña. Comprendió que estaban enfadados; tendría que haber llegado hace rato. Agachó la cabeza y se quedó en el umbral de la puerta. De vez en cuando levantaba la mirada para entrever que se cocía en el ambiente y pudo ver a su madre. Levantaba la vista de tanto en cuanto, la miraba de arriba abajo y volvía a centrarse en sus tareas; estaba ocupada con una cazuela en el fuego situado en el centro de la estancia. Mientras tanto su padre permanecía de espaldas al resto de la familia mientras cepillaba la lana para que esta no se encrespara; ni siquiera se había dado ganado a mirarla, aunque sabía de sobra que ella estaba allí presente.

— ¿Es que no vas a decir nada?—. Dijo su madre al fin con un tono frío y cortante.

—Permanecerá callada hasta que le saquemos las palabras—. Respondió

su padre.

Estaba ruborizada; cada segundo que pasaba ahí plantada parecían horas de espera. La boca se le seco de repente; la mente se le nubló y las palabras no acudían a su boca; estaba tan nerviosa que se había olvidado hasta de su nombre.

— ¿Dónde has estado hasta estas horas?—. Gritó su padre con furia. Se acercó hasta la niña rápidamente y la cogió por el brazo. —Responde, vamos—. Grito de nuevo.

La joven empezó a lloriquear; estaba asustada y no sabía cómo decir lo que había ocurrido.

— ¿Dónde está mi rebaño, Gwenda?

—Lo he perdido.

— ¿Cómo que lo has perdido?

—No ha sido culpa mía; un huargo me sorprendió; mató a Lito y todas las ovejas.

Su madre se percató de que tenía las manos llenas de sangre; dejó lo que estaba haciendo y se acercó a la niña; le cogió las manos y la miró.

— ¿Esto te lo ha hecho un huargo?

La joven asintió no muy convencida de sus gestos.

—Los huargos no entran en las praderas a plena luz del día. ¿Dime ahora mismo lo que ha pasado? ¿Dónde has perdido mis ovejas?—. Repitió su padre.

No se le daba bien mentir; siempre decía la verdad así que decidió soltarlo, omitiendo alguna que otra parte, mientras cerraba sus ojos para no ver la cara de sus padres.

—Me metí en una hondonada porque pensé que el camino era más corto y me topé con la bestia.

—Te advertí que no te salieras de los caminos, ¿crees que hablo para nada?

— Lo siento mucho padre; pensé que no ocurría nada.

—¿Por qué lo has hecho Gwenda? Ahora hemos perdido la lana de esas ovejas y lo que es peor nos hemos quedado sin la mitad del rebaño para

producir. Eres cruel hija.

—Sigo teniendo las mismas bocas que alimentar pero menos comida para todos—. Dijo su padre rogando al cielo con lágrimas en los ojos —Ya podrían haberte comido los huargos a ti y no a mis ovejas—. Gritó a los cuatro vientos y propició una patada a un cazo que había junto al fuego con furia

Gwenda no daba crédito a las palabras de su padre.

—Hoy vas a dormir con las alimañas en la cerca; así aprenderás el valor que tienen—. Concluyó su padre. Y la echó de casa.

La puerta se cerró de golpe. Gwenda miró las desoladas calles de La Resiliencia y las lágrimas acudieron a sus ojos. ¿Qué podía hacer? Hacía mucho frio fuera así que entró en el granero que estaba pegado a la casa. Encendió la vela que había en la entrada y comprobó que el suelo estaba seco y cubierto de paja. Sin embargo aunque contaba con un techo y paredes sólidas hacia algo de frio allí dentro.

De repente vio algo moverse entre las sombras. No sabía lo que era; estuvo a punto de gritar, pero una voz le susurró que no lo hiciera. Entonces lo supo de inmediato, alumbró con la vela un poco más adelante y vio al muchacho que había visto en el bosque acurrucado en una pared y cubierto con la piel de lana de la oveja que ella misma le había regalado.

—Por favor no grites—. Dijo el Chico.

—Que haces aquí?—. Preguntó Gwenda.

—Es que hacia frio y no tengo a donde ir, ¿te importa que me quede?

A ella le daba igual, es más se sentía mejor con la compañía de alguien, pero si su padre se enteraba de que había permitido que un niño entrara en su granero sin duda volvería a reñirla y a saber qué castigo le pondría esta vez.—Lo siento, pero tienes que marcharte, no puedes estar aquí—. Le espetó tras un momento de duda.

El chico se incorporó. — ¿Es que tus padres se han enfado contigo?

—Sí, por mi culpa han matado a todas las ovejas y ahora nos hemos quedado sin la mitad del rebaño. Es la forma que tiene mi familia para ganarse la vida.

—Que fastidio, pero si no ha sido culpa tuya.

—Si lo ha sido, si no hubiera entrado en esa hondonada no habría pasado esto.

— ¿Pero es que tus padres no se alegran de que estés viva?

— ¿Y eso que importa?, he perdido las ovejas y ahora he fastidiado a mi familia. Tu no lo entiendes.

—Puede que no entienda lo que es tener padres pero con lo que dices entiendo que valoran la más la vida de unas ovejas que la de su hija.

—No digas tonterías mis padres me quieren mucho, me cuidan, me dan de comer y velan por mi seguridad.

—Si tú lo dices.

—Bueno tienes que irte, no voy a repetírtelo.

—Tranquila solo estaba ganado un poco de tiempo—. El chico se levantó al mismo tiempo que su liebre salió de entre la paja. —Si me dejas dormir esta noche aquí puedo enseñarte como conseguir un simbiote.

Gwenda dudó esta vez. Parecía algo de lo más interesante. Tal vez fuera su oportunidad de conocer más acerca de la simbiosis. — ¿De verdad?, no será una mentira para que te deje dormir aquí no?

—Te juro que es verdad, mañana mismo podemos ir al bosque y te mostrare como se hace.

—Pero mañana estaré muy atareada y tendré que ayudar a mis padres;

—Invéntate cualquier excusa.

—Eso de mentir no está bien.

—Si lo está, yo miento todos los días.

No le gustaba mentir; sin embargo tendría que aprender a hacerlo, aunque solo fuese aquella vez.

—Está bien puedes quedarte pero no hagas ruido. Por cierto no me has dicho tu nombre.

—Me llamo Norrah.

—Yo soy Gwenda.

Capítulo 3

El simbionte

Cuando Norrah se despertó la niña aun dormía envuelta en aquel jergón de lana que habían improvisado. Sin duda las cosas habían mejorado para el muchacho. Había pasado de pernoctar a la intemperie bajo el frío manto de las estrellas a dormir en un caliente y acogedor granero; y de que nadie lo arropara, salvo un atajo de proscritos y maleantes, cuyo único interés era utilizar la inocencia de un niño para cometer sus fechorías, a compartir lecho con una muchacha acurrucada junto a su cuerpo.

No podía evitar mirarla mientras dormía; su pelo rubio y corto hasta la altura de los hombros estaba alborotado entre la lana; su cara redonda le resultó de lo más angelical. En un gesto instintivo le acarició con sus toscas manos; entonces la joven se movió y cambió la postura.

Él nunca le haría nada malo a alguien como ella; había cometido una tontería pues no quería perturbar su sueño ni mancillar aquel bello rostro con el tacto de sus sucias manos, que aún seguían llenas de barro seco tras varios días caminando por los contornos de los bosques.

De todas las cosas que había visto en Gwenda, había una que le llamó la atención. No era su dorada melena; tampoco su piel aterciopelada, sino sus ojos, que ahora estaban cerrados. ¿Cómo olvidar los ojos de la muchacha? el izquierdo color miel, como la tierra y el derecho azul como el cielo. ¿Cómo podía tener alguien los ojos de diferentes colores? Sin duda parecía una persona distinta según de que perfil la mirara. Aquellos ojos eran, sin duda, lo que más la caracterizaba.

Con cuidado apartó la manta de lana; cogió su zurrón y se puso en marcha en silencio para no despertarla. Su simbionte estaba limpiándose las orejas y cuando se levantó, salió de entre la paja y lo siguió como de costumbre.

Sin duda todo había salido como estaba planeado; había conseguido engañar a aquella niña dulce e indefensa. Los proscritos con lo que vivía llevaban días afincados en los túmulos que bordeaban la ciudad; buscaban algún carro o viajero al que asaltar en los caminos que conducían a La Resiliencia. Para sorpresa de todos uno de los proscritos que formaba el grupo, encargado de vigilar el camino mientras los demás se encargaban del campamento, advirtió de que una niña con cinco ovejas se habían

adentrado en la misma hondonada que ellos se encontraban.

Estaban acostumbrados a improvisar; Norrah sabía que los proscritos tenían mucha agilidad mental para trazar planes en un santiamén y en un despiste de la niña el simbiote de Sven,, el que se hacía llamar jefe del grupo, hizo todo el trabajo. El huargo mató a las ovejas con la misma facilidad que quitarle un caramelo a un niño, o en este caso a una niña.

Claro que ellos no eran asesinos, ni pretendían serlo; eran ladrones y tenían una misión importante en aquella ciudad, concretamente en el Pirágulo. Habían sido contratados para robar un pequeño objeto del cual no tenían mucha información, pero de conseguirlo con éxito se garantizaban una generosa suma de reinas de oro.

Claro que un robo como aquel necesitaba tiempo, meditación y, por supuesto, algo que comer mientras tanto. Aquella pieza de ganado les ahorraría tener que robar en un tiempo y llamar la atención más de lo necesario así que para que la niña no diera la voz de alarma, mientras ellos se hacían con el botín, alguien tendría que alejarla y todos decidieron, por unanimidad, que ese tenía que ser Norrah.

La artimaña para engañarla correría de su propia imaginación; le haría creer que el huargo era un animal salvaje y que tenían que huir sino querían ser devorados por sus fauces. Aunque en esa región no había manadas huargos con suerte la niña estaría tan muerta de miedo como para caer en el embozo.

Naturalmente el plan salió a la perfección, como otras tantas veces, y ahora Norrah solo tendría que volver hasta la hondonada para disponer de su parte del botín: cinco grandes corderos bien alimentados, lana suficiente para un abrigo nuevo y, lo más importante, un primer vistazo a la Resiliencia, sus defensas, sus escondrijos y sus puntos débiles. Todo lo necesario para tener éxito.

Se acercó a la puerta y con sumo cuidado la abrió para no despertar a la niña. La miró por última vez, y deseo que le perdonara por incumplir su promesa acerca del vínculo del simbiote. Sin duda nunca olvidaría su nombre: Gwenda.

Echó un último vistazo al granero y cerró la puerta con cuidado. A esa hora de la mañana ya empezaba a haber movimiento en la ciudad y el sol ya calentaba con sus penetrantes rayos entre los tejados de las casa. Sin embargo se le erizó la piel cuando atravesó las sombras de una vivienda, recordando al muchacho que el invierno estaba a las puertas.

Mientras atravesaba las calles e iba recordando el camino que el día anterior había realizado con Gwenda, pensó en Sven y los demás. ¿Estarían muy enfadados por lo que estaba tardando en regresar? Lo

cierto es que el plan consistía en alejar a la niña de las ovejas y cuando tuviera ocasión darle esquinzo. Sin embargo Norrah no encontró el momento oportuno sin que fuera un descaro y cuando al fin se separó de la niña las puertas de La Resiliencia ya estaban cerradas. Para colmo había un vigía que la custodiaba con su alabarda. No hubiera podido salir sin que éste le hiciera preguntas así que dio media vuelta y volvió hasta el granero para refugiarse del frío.

La banda de proscritos a la que pertenecía no solía robar en ciudades tan grandes como esa así que sin duda, La Resiliencia, era el suburbio más grande en la que había estado. Había calles que discurrían por todos lados y poco a poco la gente ya se iba levantando para hacer sus quehaceres diarios.

Había dado un rodeo; se había perdido entre tantas calles; les parecía todas iguales. Así que uso el Pirágulo para orientarse; la puerta estaba en el franco opuesto a la torre así que se dirigió hacia allí.

Cuando por fin hubo andado en la dirección correcta irrumpió en una plaza que lo dejó boquiabierto. Había al menos cuarenta puestos de comida diferentes situados uno junto al otro. Además la plaza estaba abarrotada, lo que significaba una buena oportunidad para inmiscuirse entre la gente y sustraer algún que otro tentempié.

Como sabía que iba a comer cordero por una larga temporada el joven pasó de largo del puesto cárnico que tenía toda clase de embutidos colgados, echando el ojo a otros productos. Había un puesto que vendía fruta de toda forma y colores; un puesto de quesos; un puesto de pescado ahumado que desprendía un olor muy fuerte con al menos tres gatos esperando el descuido del mercader. Pero sin duda el puesto que más le llamó la atención fue el de las tartas; aún estaban calientes pues desprendían el agradable olor de harina cocinada. Había tartas de melaza; de limón, manzana, de queso y un sinfín de pasteles de azúcar, cuyo olor endulzaba los sentidos de los viandantes, incluido los de Norrah que ya le había echado el ojo a una de ellas. En un descuido de la tendera agarró una porción de tarta de queso y continuó su camino como si nada.

Pero la tarta no fue lo único a lo que le hecho el ojo. Cuando terminó de hacer la ronda miró el zurrón en el que había ido metiendo todo lo que se le antojaba, mientras se terminaba la tarta. Había una barra de pan; un par de huevos; una manzana y hasta unos caramelos de miel.

Tenía un botín que no compartiría con sus compañeros, pues siempre repartían las ganancias en función del peso de los miembros del grupo. Como Norrah era el más joven y pequeño siempre era el que menos comía, pero esta vez todo eso era para él y nadie más. Se acercó a la fuente de la plaza y dio un sorbo largo para tragar con más facilidad. Se

lavó la cara y las manos y se puso en marcha hacia la puerta.

Como iba tan alelado y distraído mirado a quien robar la cartera, no se percató de que Gwenda, la joven que lo había acogido en su granero, a al que había prometido revelar como sellar un vínculo simbiótico, estaba allí delante de sus narices a menos de cuatro metros. Trató de hacer como que no la había visto, pero la niña estaba tan cerca que fue inútil ocultarse de ella. Pensó en salir a la carrera pero llevaba el zurrón lleno de cosas y sin duda lo alcanzaría sin problemas. No sabía que hacer mientras ésta ya se dirigía hacia él a paso firme pero delicado.

—Eres un mentiroso; me prometiste que me enseñarías como conseguir un simbiote. Gritó con violencia y le propinó un empujón. Norrah salió de su asombro ¿Dónde había quedado la dulzura de aquella niña? Ahora se parecía más bien al huargo de seven cuando le quitaban su comida.

—No te he mentado—. Dijo mientras improvisaba una nueva artimaña.

—A no ¿Y por qué te has ido a hurtadillas sin que me diera cuenta? Solo querías un sitio donde dormir eso es todo ¿no?

—Solo he salido por que tenía hambre; estaba buscando algo de comer.

La niña se quedó pensativa. Lo cierto es que Norrah era muy elocuente; era una arte que había aprendido de los proscritos. Mentir como un bellaco para conseguir lo que deseara y hasta ahora le había dado buen resultado.

—¿De verdad?

El muchacho asintió y la joven le regaló una sonrisa que el joven interpretó como señal de que ésta se había vuelto a tragar su truco.

—Yo también tengo hambre; anoche no cené y hoy no he desayunado. Vamos a comprar algo.

—No tengo dinero—. Dijo Norrah. Lo cierto es que él no necesitaba dinero para comer y ya había comido lo suficiente para tener el estómago lleno. Aun así la joven compró una barra de pan y la compartió con él; le dio un mordico y cuando ella no miraba la guardó en su zurrón con las demás cosas como reserva.

—Bueno ¿vas a explicare de una vez como hacer un vínculo simbiótico?

—No se explicarlo con claridad; no me salen las palabras

—¿Y si lo escribes?

—No se escribir, aunque puedo enseñártelo

—¿Cómo?

—Necesitamos un animal, por supuesto

—Aquí hay muchas animales; vacas, gallinas, asnos—. Comenzó a enumerar la niña.

—Esos animales no sirven—. Cortó el muchacho. —Solo pueden ser animales salvajes.

—Pero entonces tendremos que salir ahí fuera—. Dijo un poco asustada.

—Así es; tenemos que ir al bosque—. Dijo con un tono aprensivo para tratar de intimidarla y que ésta se echara atrás.

—¿Al bosque? Pero y si nos topamos con los huargos?

—Ese es el problema—. Sin duda había conseguido intimidarla.

La joven se quedó pensando unos minutos y Norrah ya había dado por finalizada la conversación —Bueno pero tenemos tu simbiote; si notas algo nos alejaremos; la otra vez funciono.

Norrah no dijo nada ¿Es que no iba a darse por vencida?

—Me lo has prometido; has hecho una promesa—. Dijo con retintín.

—Si claro; confía en mi—. Dijo mientras se pusieron en marcha por la misma carretera que la otra vez pero en sentido contrario.

Mientras caminaban iban hablando de los simbiontes; lo cierto es que Norrah no sabía mucho acerca de ellos; su vínculo se forjó cuando era muy pequeño y no recordaba nada de ello; así que seguiría improvisando hasta que encontrara a los proscritos y luego ya pensaría en como escabullirse. En cierta manera aquella niña le inspiraba cierta lastima; se la veían tan entusiasmada que sin duda se iba a llevar una gran decepción, pero ella misma se lo había buscado por ser tan insistente. Además, ¿para qué quería una niña como ella un simbiote?. No necesitaba un animal que la protegiera pues para eso vivía en una ciudad como La Resiliencia, que actuaba como comunidad en la que sus miembros la velaban y sobre guardaban de los enemigos con murallas y guardias apostados en ella; tenía una casa a la que llamaba hogar y un grupo al que llamaba familia que la arropaba por la noche y la alimentaba

todos días.

En cambio, para él, su simbiote era esencial en su modo de vida; gracias a su vínculo los sentidos de Norrah se habían agudizado como los de un animal salvaje, lo cual le bastaba para encontrar comida con mayor facilidad; reconocer los alimentos en buen estado, que sin duda otros pasarían por alto y lo más importante, podía presentir el peligro desde una distancia lo suficientemente larga como para esconderse o huir.

—Nos dirigimos al mismo bosque que la otra vez—. Aclaró Norrah.

La joven asintió. —Por cierto y tú ¿que hacías en ese bosque?

En ese momento se le seco la garganta pues el chico dio por hecho que aquella cuestión estaba ya superada y que a estas alturas no lo preguntaría.

—Estaba cogiendo bayas—. Dijo mientras siguió con su juego de improvisación en la que sin duda más mentiras había dicho seguidas.

Cuando se adentraron en el bosque Gwenda iba muy distraída pensando en que animal elegiría para establecer su vínculo; mientras tanto él no paraba de mirar en todas direcciones por si veía alguna señal de su grupo. No notaba nada; aparentemente no había señales de nadie. Pasaron por el campamento en el que dos noches atrás estuvieron durmiendo y no había ni rastro de sus compañeros, salvo el de unos restos de ramas quemadas de la hoguera que él mismo había ayudado a hacer hace dos días y que no dudo en tapar con tierra en un descuido de Gwenda. Además no sentía moverse nada lo suficientemente grande y numeroso como para que fueran un grupo de siete hombres fornidos; tan solo notaba la presencia de pequeños roedores y aves que rondaban por los árboles.

—¿Eso es un hurón?- dijo Irma de repente entusiasmada sacándolo de su preocupación. En efecto era un hurón; se puso alerta cuando los chicos se aproximaron.

—¿Qué tengo que hacer?¿Cómo hago para que se vincule a mí?

Norrah estaba preocupado por el paradero de su grupo ¿Dónde estarían? Tenía que estar por algún lugar de este bosque. Tal vez debería ir a buscarlo más en serio y dejar de hacer tonterías.

—Ponte de rodillas—. Le dijo Norrah. Se había inventado la que sería su última y definitiva patraña para despistarla y escapar de una vez por todas.

La joven se puso de rodillas y lo miró con cara de ¿Y ahora qué?

—Tienes que cerrar los ojos y pensar en el hurón; desear que lo posees en tu mente; tienes que dejar la mente en blanco, ¿comprendes?

—Vale, ¿seguro que es así?

—Sí, confía en mí.

La joven cerró los ojos y Norrah no perdió ni un segundo. Pero cuando se giró para salir corriendo lo notó de golpe y tan claro como una palmada sobre su hombro, obligándolo a detenerse. Eran dos cuerpos grandes; estaban muy cerca de ellos, aunque no podía verlos. Seguro que era Sven y el huargo, o cualquiera de los otros. Estaban quietos a unos quince metros tras unos árboles. ¿Cómo no lo había notado antes?

De repente unas risas perturbaron el silencio de la hondonada. De unos matorrales salió un niño con una sonrisa dibujada en su cara; derrochaba tanta risa que casi no se mantenía en pie, aun así se acercó hasta ellos. A su lado un osezno de color pardo los miraba con interés. Sin duda debía de ser un simbiote, que al igual que su libre, acompañaba al muchacho.

Gwenda abrió los ojos y lo miró. ¿Quién eres tú? Y de que te ríes?

—Me río de vosotros; sois patéticos—. Dijo con burlas entre risas. —Mira que decirle que se ponga de rodillas y cierre los ojos para entablar un vínculo con esa ridícula alimaña ¿Si te querías tirar la niña, tendrías que ir de frente, como un hombre.

—¿Pero qué dices?—. Dijo Norrah

—Tú sí que eres ridículo; ahí escondido espiando lo que hacemos. ¿A eso llamas dar la cara?—. Le espetó Gwenda.

El niño volvió a reírse. —Por favor es obvio que no tenéis ni idea de cómo hacer un vínculo simbiótico.

—Sí que lo sabemos, ¿verdad Norrah?; de hecho él tiene uno simbiote.

—Lo que tú digas Si es que a esa alimaña merece ser llamada simbiote.

—Entonces como se hace un vínculo según tú, ya que eres tan inteligente.

El joven se echó a reír de nuevo, mientras terminaba de acercarse. Tenía el pelo de un color castaño tan claro, sin llegar a ser rubio, que parecía que se le había decolorado con lejía. Era grandote; mucho más que Norrah, y vestía unos ropajes de cuero perfectamente confeccionados que

le servían de armadura. Seguramente estaban hechos a medida pues los niños jamás vestían armaduras, lo cual le dio a entender que poseía un estatus social alto.

Cuando se hubo acercado lo suficiente se colocó junto a los dos muchachos. —Los animales son capaces de sentir el peligro—.comenzó a decir. —Y para que un animal se vincule a un humano este debe encontrarse en una situación de peligro.

—No acabo de entender, ¿Y así se forja el vínculo?—. Dijo Gwenda con incredulidad.

—Te lo mostrare—. En ese momento Norrah lo sintió. Esa sensación que se extendía como el veneno por todo el cuerpo instantes antes de que algo malo sucediera; esa sensación de angustia, malestar, nerviosismo e incomprensión que solo haya respuesta segundos después y que solo podía significar una cosa: peligro.

El niño le propinó un puñetazo en el estómago que lo dejó sin respiración durante unos segundos. Norrah cayó al suelo derribado por el golpe y cuando levantó la mirada hacia el muchacho pudo ver una vaina de espada.

—¡Gwenda cuidado tiene una espada!—. Gritó sin voz ante el dolor

—¡Norrah!—. Gritó Gwenda. Pero cuando trató de acercarse a él para socorrerlo, el muchacho, que se encontraba entre ellos, le bloqueo el paso y la empujó al suelo. Norrah pudo ver a Gwenda en el suelo, muerta de miedo, sin saber qué hacer. El niño le puso el pie sobre el costado para sujetarla y desenvaino el arma con gracia y un control que develó su dominio en el arte de la espada. Desde luego aquel chico no era un pusilánime, era peligroso y calculador y mientras se cebaba con Gwenda, su simbiote le cubría las espaldas y mantenía la guardia alta ante cualquier movimiento que él hacía.

—Ahora comprobemos si tienes el don de la simbiosis—. Dijo mientras aireaba su espada y con un gesto ágil le rasgó la camisa a la niña. La prenda se desprendió de su torso sobre el suelo y ella trato de cubrirse con sus manos sus pechos desnudos.

—Suplicad—. Dijo el muchacho que parecía se estaba divirtiendo a raudales con aquella situación.

—Basta, por favor—.suplicó desesperada. —Déjame en paz; no me hagáis daño; os lo suplico—.

Todo era culpa suya; sino la hubiera engañado y le hubiera dado

esquinazo antes esto no etaria ocurriendo.

La niña siguió lloriqueando y en una de esas el chico volvió a airear su espada propinando un corte en el hombro a Irma. En ese momento la niña emitió un grito ahogado tan fuerte que lo estremeció. Los pájaros que estaban en los arboles despegaron en conjuntas bandas asustados por el sonido.

Después todo apareció la calma. De repente pudo ver a la niña sacar fuerzas de donde sin duda ya no había. El hurón se espabiló y reacciono a la llamada de socorro. ¿Se habría forjado el vínculo? Norrah no había visto nada; aparentemente todo estaba igual ¿Realmente aquel muchacho les estaba ayudando o solo estaba cebándose de unos pobres e indefensos niños como sacos para probar su espada?

El hurón se abalanzó sobre el niño con furia y entonces Norrah obtuvo su respuesta. El vínculo estaba sellado; de modo que ese era el camino del simbiote: el peligro.

Sin embargo al muchacho no le costó mucho quitárselo de encima, y cuando lo tuvo sujetado con sus manos, lo apretó con fuerza entre sus dedos.

—Así es como se forja un vínculo—. Dijo sonriente.

Lo tiró al suelo con fuerza. El animal trató de levantarse del duro golpe que había recibido pero el osezno del niño se abalanzó sobre él, e imitando los gestos que hacia su depositario le quito la vida de un zarpazo.

Norrah pudo ver como Gwenda sintió su dolor; aquel golpe mortal la dejó sin habla.

—Y así es como se rompe. Envainó su espada y comenzó a alejarse dándoles la espalda a los muchachos después de una lección que no olvidarían.

Gwenda estaba sentada de rodillas. Estaba quieta; cabizbaja y con la mirada perdida entre las hojas marchitas del suelo. Norrah se levantó y cogió el cuerpo del hurón. Aun le dolía el estómago; le había dado un buen golpe. Se acercó a la niña con cuidado esperando a que esta dijera algo, pero permaneció callada.

—¿Quieres cogerlo?

La niña levantó la mirada vidriosa y lo contempló; extendió sus manos y

lo cogió en sus brazos.

—Lo ha matado—. Dijo. —Y no he podido hacer nada.

—Tenía una espada; no podíamos hacer nada.

—Voy a enterrarlo.

Gwenda parecía muy afectada; lo cierto es que entablar un vínculo y destruirlo con esa rapidez debía de causar un profundo malestar y desazón en la persona—Si quieres puedo ayudarte.

Hacía rato que había olvidado la verdadera razón por la que estaba en esa hondonada pero mientras cavaba la pequeña tumba lo recordó. ¿Dónde estarían esos truhanes? ¿Lo habían abandonado? No podía creer que lo hubiera dejado tirado.

Y entonces cuando terminaron de enterrarlo, Gwenda comenzó a llorar por el animal mientras que él lo hizo por su soledad. Estaba solo ¿Dónde iría ahora? ¿Tendría que buscarse la vida si quería sobrevivir.

—Bueno, sólo era un hurón—Dijo Gwenda al fin.

Aquella palabras entraron en por su oído con la misma fuerza que había salido por su boca. La fuerza de la aceptación; ¿Cómo lo podía haber superado tan deprisa la pérdida de su simbiote? Ahora sabía más cosas sobre el mundo que antes, y aquella era toda una lección, así que él no podía ser menos. Si ella era capaz de superar la pérdida del simbiote y salir fortalecida él podía ser capaz de superar la soledad en la que se había envuelto y salir adelante por sus propios medios. Al fin y al cabo esos proscritos no eran más que unos energúmenos que nunca se había preocupado por su bienestar y si lo habían abandonado tenía que considerarse afortunado.

—¿Nos vamos?

—¿Seguro que no quieres hacer otro vinculo?

—Sí, pero esta vez de amistad.

El joven se sonrojó un poco y cuando miró a Gwenda también vio que se había ruborizado mientras le regaló otra sonrisa.

Los amigos pueden encontrarse en los lugares más remotos; desde la más oscura ciudad hasta en la más profunda hondonada así que juntos, y esta vez como amigos, pusieron rumbo a La Resiliencia.

Capítulo 4

La funesta cabalgata

El episodio vivido en el bosque se antojaba imborrable en la mente de Gwenda, su trágico final rondaba en su cabeza como el periplo de un nómada sin rumbo. Sin embargo, desde aquel mismo día, en que aquel joven, al que Norrah y ella habían calificado de bruto insensible, les dio su violenta lección, los dos muchachos sacaron a relucir una firme amistad, forjada sobre unos turbulentos cimientos: la muerte de su simbiote. Desde entonces, Gwenda comenzó a ver a Norrah como un amigo, al que parecía conocer de toda la vida.

Norrah no tenía a donde ir, era una persona sin hogar y sin rumbo fijo. Tal vez ella fuera lo más cercano a una familia que hubiera tenido. Lo cierto es que éste le había contado que no sabía lo que era el calor de unos padres o lo divertido que era jugar en la calle inventando juegos con un grupo de niños. Norrah no había conocido todo eso porque sus preocupaciones habían sido otras, y estaba segura que mientras ella se divertía jugando con los demás niños él estaría buscando algo que llevarse a la boca.

Se quedó muy sorprendida cuando le confesó que robaba en los mercados de todos los pueblos que visitaba, y aún más asombrada cuando le confesó, sin reparo, que también lo había hecho en el de La Resiliencia, pues cabía la posibilidad de que incluso hubiera sustraído algo del puesto que tenían sus padres.

—Pues si lo has hecho, has debido de ser muy cauteloso pues nadie ha dado la voz de alarma—. Le dijo sin importarle lo más mínimo el comportamiento de su amigo, pues sabía que robaba por necesidad y por qué no le quedaba otra para sobrevivir.

Gwenda lo acogió en su granero. Desde que perdió la mitad de su rebaño en aquella hondonada sus padres le habían encomendado que ordeñara a los animales allí dentro, relevándola de otras tareas como el mercado y el pastoreo. De modo que éstos apenas entraban en el granero, pues ya estaban demasiado atareados; ella ordeñaba las ovejas mientras charlaba con Norrah; éste le escuchaba sentado sobre un viejo barril que su padre había rescatado de una posada. Solía dormir dentro del barril, por si su padre aparecía; lo había cubierto con paja y heno para camuflarlo; en su interior había introducido la bola de lana, que ella misma le había regalado, convertida en un perfecto jergón donde dormía, para protegerse

del frío.

—¿Cuánto tiempo te quedarás?

—No lo sé; supongo que hasta que tus padres se den cuenta de que duermo aquí.

—¿Y por qué no buscas un empleo? Así podrías ahorrar dinero y dormir en una cama de verdad.

—Yo estoy cómodo aquí; no necesito trabajar.

No había duda de que Norrah era perezoso. Tal vez él fuera feliz con su estilo de vida, pero Gwenda no entendía como alguien podría aspirar a tan poco y acostumbrarse a vivir de la mendicidad.

—¿No te gustaría tener ropa de mejor calidad?—. Estimó mientras echaba una ojeada a sus ropajes que estaban sucios y raídos.

—Sí, ¿por qué no?; pero no quiero parecerme a chicos como el bruto insensible.

—Llevar una prenda no implica tu modo de ser o actuar; nadie es mejor o peor persona por vestir con ropa nueva o vieja.

—Por eso me siento cómodo como voy vestido y a quien no le guste que aparte su mirada—. Respondió éste.

Gwenda admiraba ese modo de pensar de Norrah; le gustaba su indiferencia hacia los pensamientos que otras personas pudieron tener de su aspecto. A sus doce años, ese pensamiento se había arraigado en el muchacho como algo intrínseco. Sin embargo, pensar así no era algo que le impidiera ser un hombre de provecho y reconocido, no por un apellido, sino por lo que pudiese aportar a la comunidad. Eso era lo que ella siempre había deseado; ser alguien que supiera sobre alguna disciplina que le otorgara conocimientos y sabiduría, para ver el mundo que la rodeaba con ojos diferentes, y apreciar y comprender todo cuanto veía para después compartir sus conocimientos con los demás. Era algo que la llenaba profundamente por dentro.

De alguna forma quería transmitir esa motivación a su amigo, pero sus palabras no eran la mejor forma de hacerle entrar en razón; lo mejor era que lo viera con sus propios ojos. Aquella tarde noche tenía lugar el trigésimo segundo aniversario del renombramiento de La Resiliencia como una ciudad en sí (Esa era otra de las lecciones que los niños y niñas aprendían en los primeros años de escuela). Como y cuando el jerarca, Arnold Steinberg, un extranjero allegado de un lugar lejano, del que nadie tenía noticias, se había ganado la confianza de los hunagas que vivían en

El Pirágulo en aquel entonces y, mediante el diálogo y la diplomacia, consiguió que el campamento que abastecía a la torre desde tiempos inmemorables, se convirtiera en lo que hoy todos llamaban La Resiliencia: la única ciudad de todo Vástagos cuyo jerarca era un humano.

Naturalmente Arnold Steinberg era ya un hombre viejo, pero seguía siendo un símbolo de lucha y tesón para todos los humanos, no solo de la Resiliencia, sino de todos los rincones de Vástagos. Una vez al año, y como era tradición desde hacía treinta y dos, el reconocido Jerarca y señor de La Resiliencia pronunciaría su discurso a los ciudadanos.

A Gwenda le parecía aburrido; aunque había asistido con sus padres a cada uno de los discursos del que era su líder desde que nació, no comprendía la mayoría de las palabras que éste pronunciaba. Para una niña como ella, el discurso, no era la mejor forma de entretenimiento o conocimiento, pues estaba lleno de tecnicismos que no lograba entender con claridad.

Al igual que ella la mayoría del pueblo, sobre todo los niños, eran incultos e ignorantes por naturaleza y prestaban su atención a otras cosas como los puestos de comida o las prendas de algunos visitantes, en vez de a las palabras de Steinberg.

Para esa fecha siempre solían acudir a la cita nobles humanos de otras regiones de Vástagos, cuyos extravagantes y espectaculares ropajes de cuero contrastaban con las anodinas prendas de los ciudadanos de La Resiliencia. Pero ¿Qué se podía esperar de un pueblo que seguía viviendo en gran parte de la minería? Gwenda se respondió a si misma: analfabetismo, pero felicidad. Y es que puede que la mayoría de los resilientes fueran tontos en conocimiento pero ante todo vivían felices y eran capaces de sobreponerse ante cualquier adversidad y penuria que los amenazara.

Gwenda pensó que tal vez ver a gente tan emperifollada haría cambiar de opinión a Norrah. Sin embargo cuando le contó quien era Arnold Steinberg éste no le prestó la misma importancia que a la tarta de limón que había conseguido robar de uno de los puestos. Gwenda sonrió para sus adentros al verlo comer y disfrutar de aquel manjar.

Puede que Norrah fuera una persona perezosa, pero tenía un espíritu tan fuerte y capaz de superar cualquiera adversidad como cualquier ciudadano de la Resiliencia, ya que sin duda lo había demostrado con su estilo de vida. ¿Quién habría tenido más adversidades que él?

Tal vez por eso se había quedado en La Resiliencia, en vez de viajar como venía haciendo hasta ahora. Tal vez esa era su forma de dar el paso hacia

ser una persona con una vida asentada y de provecho.

Cuando llegaron al lugar reservado en la plaza principal de la ciudad divisaron que, junto al puente que conducía a la torre, habían colocado una tarima de madera con asientos para los feligreses más destacados, tanto de la propia ciudad como de lugares lejanos. Ellos habían conseguido un buen sitio en lo alto de la barandilla del poyete de una calle que ascendía; de modo que no tenían que sortear cabezas para ver con claridad.

—¿Y ésto para que lo hacen?—. Quiso saber Norrah mientras engullía.

—Pues es la forma que tiene nuestro jearca de hacer balance sobre las cosas que ocurren en la ciudad, y demostrar que la convivencia entre humanos y hunagas puede ser buena.

—No me gustan los hunagas, se creen muy superiores a nosotros—. Dijo Norrah.

En ese momento un conjunto de siluetas se amontonaron al otro lado del puente que conducía a la torre. Los hunagas habían emprendido su caminar. En una de esas comenzaron a cruzarlo hasta la plazuela principal a paso tardo y paciente. Eran seres extraordinariamente espirituales.

Gwenda señaló el puente para que Norrah reparara en ellos. Como ya estaba cayendo la noche, a medida que avanzaban, los hunagas iban encendiendo los cirios del puente con sus bujías. Cuando al fin lo cruzaron, el puente tenía toda la candelería encendida. Y cuando llegaron al fin se detuvieron, como si no se atreviesen a abandonarlo.

Al otro lado de la plaza los caballeros irrumpieron al fin en la calzada, desde la avenida principal de La Resiliencia. La calzada atravesaba la plaza por su centro casi en línea recta hasta el propio puente.

Ellos están en un sitio privilegiado pues estaban muy cerca del punto en que ambos grupos pretendían encontrarse.

Cuando el primer caballero llegó a la altura donde se encontraban los chicos, Gwenda aplaudió influida por el resto de las gentes que los rodeaban, que lanzaban grandes alabanzas hacia los jinetes.

—¿Por qué aplaudes?

—No sé, es lo que todo el mundo hace—. Respondió Gwenda con indiferencia.

Las mujeres arrojaban flores al paso de los jinetes; los hombres silbaban con todas sus fuerzas, como si se les fuera la vida en ello; ellos

permanecieron apostados sin apartar la vista de todo lo que sucedía.

Cuando el primer jinete se acercó al puente se detuvo con cuidado de que los cascos del equino no penetraran en él. Era Arnold Steinberg, que a pesar de su avanzada edad se mantenía tan ágil como de costumbre. Llevaba una armadura plateada y dorada que relucían con su pelo rubio adoquinado a hacia atrás, como si una vaca le hubiera dado un lametón. Se bajó de su montura e hizo una reverencia al hunaga que presidía el grupo y éste se la devolvió con gentileza.

Después de aquello, los hombres y mujeres fueron bajando de sus cabalgaduras y, poco a poco, la cabalgata que llegaba hasta el otro extremo de la plaza se acomodó entre los asientos que había discurridos por la plaza, entorno a la tarima.

En ese momento Norrah le hizo una señal que ella no pudo ignorar. Estaba señalando a un muchacho grandote con una túnica de cuero oscuro bordada con hilos que resplandecían con la luz de las velas.

No había duda; aquel muchacho era el matón del bosque; estaba sentado con el resto de la gente entre los privilegiados asientos que habían ubicado, lo cual confirmó que se trataba un niño de alta cuna. Al verlo, Gwenda sintió odio y repugnancia que no supo expresar con palabras aunque el gesto de su semblante la delataba, pues no pudo evitar hacerle una mueca de desprecio.

Norrah también estaba furioso con él, tanto que estuvo a punto de tirarle un trozo de pastel para deslucir su preciosa y delicada indumentaria. Sin embargo se contuvo.

El Jerarca subió a la tarima y se dirigió al gentío que aplaudió con ahínco ante su presencia. Pero Gwenda lo desatendió; una vez más había un aliciente que captó su atención; esta vez ignoró los puestos de comida, las ropas de los viandantes, incluso los simbiontes de algunos de ellos. Esta vez no le quito el ojo de encima a aquel muchacho al que maldijo cada día desde que se conocieron en la hondonada.

—Escúpele—. Dijo Norrah. —Desde aquí estamos en una buena posición.

—Eso es una grosería.

En ese momento el chico soltó un escupitajo que dio en el blanco sin titubear. Le calló en el hombro; el muchacho apenas se percató pues tan solo movió un poco el hombro y siguió expectante al discurso.

—Vamos; se lo merece—. Insistió.

Gwenda sabía que aquello era una insolencia pero el muchacho se merecía algo peor que eso, así que en una de esas imitó el gesto de su amigo.

La caída del esputo fue directa; con fuerza, sin embargo no tuvo la misma precisión que la de su amigo, con tan mala suerte que impactó sobre el peinado de una mujer que no andaba muy lejos. Norrah empezó a reírse de la situación y Gwenda no pudo evitar contagiarse y soltar una carcajada.

Sin embargo la mujer se tocó el peinado y cuando alzó la cabeza hacia los muchachos se levantó de su asiento muy alterada y comenzó a gritar, cuan loca y desquiciada.

La alteración de la mujer contagió a los presentes que estaban a su lado. Cuando la mujer comenzó a señalarlos los muchachos no tenían donde esconderse. Poco a poco la gente comenzó a girarse y a mirarlos hasta el punto de que el Jerarca interrumpió su discurso unos segundos para preguntar que ocurría. Incluso el muchacho al que tanto odiaban los estaba mirando entre risas.

—Todos nos están mirando—. Dijo Gwenda ruborizada.

—¡Vámonos, corre!—. Sugirió el muchacho cuando dos de los guardias que estaban debajo de sus pies comenzaron a dar saltos en el aire para atraparlos.

Norrah y Gwenda consiguieron bajarse del muro y tomaron un callejón trasero para escapar, pues un grupo de guardias ya había salido en su busca. Tras varios minutos corriendo entre los callejones, los chicos llegaron a una plazuela donde había una refinería y una armería. Norrah se ocultó entre los enseres que había repartido por la entrada de la refinería y ella se metió en la armería simulando ser un cliente.

Al cabo de un momento dos guardias irrumpieron en la plazuela; desde el cristal del establecimiento de la armería pudo ver a sus perseguidores mirar en todas direcciones tratando de localizarlos. Mientras los guardias daban gritos tales como "No os escondáis" o "Pagareis por perturbar la paz", Gwenda reparó su atención en un depósito de hachas de guerra ubicadas cerca de la ventana, de modo que, al mismo tiempo que vigilaba usaba las hachas como embozo para que el armero no advirtiera de su presencia como sospechosa.

Pudo ver a Norrah mezclado entre la gente haciendo como que compraba; en una de esas temió por que lo descubrieran pues uno de los guardias pasó por su lado, pero Norrah era muy escurridizo y tenía a su simbiote. Ella había tenido más suerte al entrar en aquella armería, pues jamás la

descubrirían tras sus paredes.

Los guardias se cansaron y, cuando estaban a punto de retirarse de la plazuela, Gwenda miró al armero; su mirada fue tan sincera y reveladora que este reaccionó al instante y comenzó a gritar desconsolado con una espada en la mano.

—¡Guardias aquí!—. Los guardias entraron en la armería y cuando la vieron la inmovilizaron de inmediato.

—Soy inocente; soltadme.

—Silencio; mentir solo agrandaré tu castigo—. Dijo uno de ellos.

— ¿Dónde está tu compinche?—. Preguntó el otro.

—No sé de qué me hablas.

Enfadado, el guardia la agarró y arrastró de su pelo hasta fuera el exterior. El armero salió también y la gente que había por la plaza se acercó a mirar y curiosear.

—Solo te lo repetiré una vez más ¿Dónde está tu compinche?—. Dijo mientras desenvainaba su espada y la apuntaba con la hoja.

—Por el amor de dios; es solo una niña—.dijo una mujer de entre la muchedumbre; se acercó a ella y le ayudo a levantarse.

—Es una ladrona—. Dijo uno de los guardias.

—Eso es mentira, yo no he robado nada.

El guardia comenzó a tocarla por todo el cuerpo buscando algo que sustraerle. Gwenda comenzó a sentirse muy incómoda ante los tocamientos de aquel hombre que iba sin cuidado poniendo sus manos por todo su cuerpo a su libre albedrío, con la excusa de registrarla.

En una de esa una mujer engalanada, la misma a la que le había caído accidentalmente el escupitajo en la cabeza, apareció junto a un señor vestido con ropas igualmente elegantes.

—Parece que os equivocáis de persona; esta niña es inocente, así que ya basta de abusar de vuestra autoridad sino queréis que os denuncie por violación—. Dijo la mujer apartando las manos del guardia.

El guardia alzó su encrespada mirada hacia la mujer y se apartó de

Gwenda —Mi lady ¿reconocéis a esta niña?

—Sí; es ella, estoy segura.

—Mentirosa—. Dijo Gwenda.

—Oh, insolenta niña malcriada ¿cómo os atrevéis a contestarme y llamarme mentirosa?—. Gritó al borde del llanto como si la hubieran herido con un puñal en el corazón.

—La niña no tiene las joyas que usted asegura le ha sustraído—. Dijo el guardia.

—Se la habrá entregado a su cómplice.

—¿Qué joyas?—. Gritó Gwenda.

—¿Es que no lo ha odio?—. Dijo la mujer que la había ayudado. —Ella no es la persona que busca; márchense de una vez.

—Como se atreve a dirigirse a mí en ese tono—. La mujer se puso histérica y su marido trato de calmarla al mismo tiempo que intervino.

—Un poco de calma, por favor—. Intervino el acompañante de la señora, que debía de ser su marido. —Guardia, esa niña nos ha robado y usted la va a detener si no quiere que esto llegue a oídos del Jerarca.

—Pero señor....

—El jerarca no quiere robos impunes e indemnes en su ciudad.

—Muy bien, señor.

—¿Qué está diciendo?—. Dijo la mujer al mismo tiempo que el guardia atrapó a Gwenda con sus manos y la subió a sus hombros como un saco.

—Esto es injusto.

—Es una ladrona—. Gritó un hombre entre el público. Entonces la gente empezó a aplaudir como si se hubieran puesto en su contra. "No queremos ladrones" eso le gritaban. Gwenda no podía creer lo que estaba ocurriendo. Trato de buscar a Norrah, pero éste se había esfumado; seguramente habría aprovechado para huir.

Gwenda respondió a todas las preguntas que le hacia el guardia y cuando esta le reveló la casa donde vivía, los guardias y los señores refinados se personaron allí mismo. Esta vez se había metido en un embrollo monumental, nada que ver con perder cuatro ovejas; esta vez habría una

sanción que sus padres asumirían y que Gwenda estaba segura que jamás le perdonarían.

Cuando su padre abrió la puerta el guardia la arrojó a sus pies como un saco de grano; éste la miró con cara seria y preocupada como si tratase de averiguar con su mirada lo que había ocurrido.

Sin embargo, cuando el guardia relato los hechos y menciona la palabra multa, la cara de consternación de su padre se transformó en desesperación.

—Pero señor; mi familia es pobre, no podemos pagar una multa.

—La multa por hurto asciende a diez alfiles de plata más el precio de lo sustraído. ¿Mi Lady que os sustrajo la niña?

Un collar de gemas que guardaba en mi bolsillo trasero—. Dijo la mujer con lágrimas de cocodrilo en sus ojos.

Gwenda contuvo su lengua ante aquella patraña. ¿Es que nadie se percataba de que mentía? Estaba furiosa porque su estúpido peinado se había ido al traste y quería vengarse por ello. Ojalá no le hubiera hecho caso a Norrah.

—El collar de gemas asciende a noventa y cinco alfiles de plata, más diez de sanción por hurto. La multa asciende a una reina de oro y cinco alfiles de plata.

—Pero señor no dispongo de esa cantidad. Eso es lo que valen mis cuatro piezas de ganado y son mi único sustento; tengo dos hijas más a las que alimentar; le suplico piedad.

—Es la ley; lo abonará en efectivo o especie, usted decide—. Aclaró el guardia.

Gwenda estaba sufriendo; la otra vez perdieron por su culpa la mitad del ganado y esta vez iban a perder la otra mitad por su culpa también. ¿De qué iban a vivir ahora?

—Lo lamento mi señor pero no puedo pagar esa cantidad ni en especie ni en efectivo; me acojo al derecho de insolvencia para mantener a mi familia.

—Entonces ¿estáis ofreciendo a vuestra hija como pago por la multa?

—Así es mi señor—. Respondió su padre sin vacilar.

—¿Qué?, ¡No!—. Grito Gwenda. —¡Padre no, por favor!, no podéis hacer eso—. Dijo entre lágrimas desconsolada.

Su padre la miró de arriba abajo con desprecio. —Tú ya no eres mi hija—. Dijo éste, y cerró dando un portazo.

No podía creer que su padre hubiera elegido a las ovejas en vez de a ella. No podía creer lo que estaba ocurriendo. ¿Qué iba a ser de ella ahora? Ojalá se hubiera escondido con Norrah y no en aquella armería, o mejor, ojalá no hubiera cometido el error de escupir a aquella mentirosa mujer, ojalá no hubiera conocido a Norrah; pues le había llevado por el mal camino.

Sintió un odio en su interior que más tarde se convirtió en arrepentimiento. No era justo culpar al muchacho; al fin y al cabo había sido ella la que había tomado la decisión de cometer tales actos y tenía que ser consecuente con ello.

Los guardias la condujeron por las calles de La Resiliencia, que parecían más tristes que nunca con su andar. —¿Qué va ser mí?, ¿dónde me lleváis?

—Vuestro padre ha pagado la multa con vos; tenemos orden en estos casos del Jерarca de entregaros a los hunagas, ellos serán tus nuevos señores y tu formarás parte de sus siervos y vasallos.

Aquello la aterro aún más; la iban a llevar a la torre y tendría que servir a aquellos extraños seres que tanto odiaban a los humanos. Ella sabía que todo aquel que incumplía la ley era llevado al Pirágulo. ¿Sera el Pirágulo una especie de prisión? ¿La trataran con decencia? ¿Qué le encomendaran hacer allí en la torre? Una vez más pidió perdón por haberlo culpado de lo ocurrido en silencio y deseó que ojalá Norrah estuviera allí para acompañarla.